



1. Una escena que atraviesa los siglos

Hay frases que no envejecen. Palabras que, pronunciadas hace dos mil años, siguen resonando hoy en cada Misa, en cada alma que se acerca a Dios con humildad. Una de ellas es:

“Señor, no soy digno de que entres en mi casa; pero una palabra tuya bastará para sanarme” (cf. Mateo 8,8).

Esta expresión nace de un encuentro sorprendente: un soldado romano —pagano, extranjero, símbolo del poder opresor— se acerca a Jesucristo con una fe tan pura que **el mismo Jesús se “maravilla” de ella**.

Y aquí ya encontramos algo profundamente revolucionario:
Dios se deja sorprender por la fe humana.

2. El contexto: un hombre inesperado

El relato aparece en Mateo 8,5-13. El protagonista es un centurión, un oficial del ejército romano encargado de unos cien soldados, un hombre acostumbrado al mando, a la disciplina y al poder.

Sin embargo, este hombre no se presenta con arrogancia, sino con súplica:

- Tiene un siervo enfermo, gravemente atormentado.
- No pide por sí mismo, sino por otro.
- No exige, sino que **implora**.

Esto ya rompe todos los esquemas. El poder humano suele endurecer el corazón. Pero aquí ocurre lo contrario:

la autoridad exterior convive con una profunda humildad interior.



3. “No soy digno”: la puerta de la verdadera fe

En el centro del relato encontramos una de las confesiones más profundas del Evangelio:

| *“Señor, no soy digno...”*

Estas palabras no nacen de la baja autoestima, sino de la **verdad espiritual**:

- El centurión reconoce quién es Jesús.
- Y, al mismo tiempo, reconoce quién es él.

La teología clásica nos enseña que la humildad es la base de toda vida espiritual. Santo Tomás de Aquino diría que la humildad es “andar en verdad”.

Y este hombre vive en la verdad:

- No presume de sus méritos.
- No se cree con derechos ante Dios.
- No intenta negociar.

Simplemente confía.

Paradójicamente, como señala la tradición espiritual,
quien se reconoce indigno es el que se hace digno del don de Dios.

4. “Di una sola palabra”: una fe que entiende la autoridad

El centurión añade algo que eleva su fe a un nivel extraordinario:

| *“Pero di la palabra, y mi siervo sanará.”*

Aquí encontramos una comprensión teológica impresionante:



4.1. La autoridad de Cristo

El centurión compara a Jesús con su propia experiencia militar:

- Él da órdenes → y se cumplen.
- Jesús da órdenes → **y la realidad obedece.**

Ha entendido algo esencial:

Cristo tiene autoridad divina sobre la creación.

4.2. La eficacia de la Palabra

En la Biblia, la Palabra de Dios no es solo informativa, es **creadora**:

- “Dijo Dios... y fue hecho” (Génesis 1)
- “Hágase...” y la realidad cambia

El centurión cree que **una sola palabra de Cristo basta**.
No necesita signos, ni presencia física, ni rituales externos.

Esto lo convierte en un modelo de fe pura:

Fe es confiar en lo que no se ve, pero se sabe verdadero (cf. Hebreos 11,1).

5. La sorpresa de Jesús: una fe fuera de lo esperado

El Evangelio dice algo extraordinario:

“Al oírlo, Jesús se maravilló...”

No es frecuente que el Evangelio diga que Jesús se sorprende.



Y aquí lo hace... **por la fe de un pagano.**

Y añade una afirmación contundente:

“Ni en Israel he encontrado una fe tan grande”

¿Qué significa esto teológicamente?

1. **La fe no depende de la pertenencia externa**
No basta con ser “del pueblo elegido”.
2. **Dios mira el corazón**
Y encuentra fe donde menos se espera.
3. **El Reino es universal**
“Vendrán de oriente y occidente...”

Este pasaje anticipa algo clave:

la salvación no es privilegio, sino don ofrecido a todos.

6. Dimensión eucarística: la frase que repetimos hoy

Cada vez que participamos en la Santa Misa, antes de comulgar, repetimos:

“Señor, no soy digno de que entres en mi casa...”

No es una coincidencia. Es profundamente providencial.

¿Qué nos enseña esto?

- Que la Eucaristía no es un derecho, sino un don.
- Que nos acercamos a Cristo **no por mérito, sino por gracia.**
- Que la actitud correcta es la del centurión:
humildad + fe absoluta en la Palabra de Cristo.



Cuando el sacerdote dice: “El Cuerpo de Cristo”,
y respondemos “Amén”, estamos haciendo lo mismo que el centurión:

☐ **Creer que la Palabra de Cristo transforma la realidad.**

7. Aplicaciones prácticas para la vida diaria

Este pasaje no es solo una historia hermosa. Es una guía espiritual concreta.

7.1. Aprende a pedir por otros

El centurión intercede por su siervo.

☐ Hoy, en un mundo individualista, esto es revolucionario:
reza por tu familia, por tus hijos, por quienes sufren.

7.2. Confía incluso cuando no ves

El milagro ocurre a distancia.

☐ No necesitas “sentir” para creer.
La fe madura confía incluso en el silencio de Dios.

7.3. Reconoce tus límites sin desesperar

“No soy digno” no es derrota, es apertura.

☐ La gracia entra donde hay verdad, no donde hay orgullo.



7.4. Deja que Cristo tenga autoridad en tu vida

El centurión entendió la autoridad.

□ Pregúntate:

- ¿Dejo que Cristo mande en mis decisiones?
 - ¿O solo lo consulto cuando me conviene?
-

7.5. Cree en el poder de la Palabra

Una sola palabra basta.

□ La Escritura, la liturgia, los sacramentos...
no son símbolos vacíos: **son acción real de Dios.**

8. Una enseñanza profundamente actual

Vivimos en una época marcada por:

- La autosuficiencia (“yo puedo solo”)
- El relativismo (“cada uno tiene su verdad”)
- La superficialidad espiritual

El centurión nos ofrece el camino contrario:

- Humildad frente a soberbia
- Confianza frente a control
- Fe frente a escepticismo

Y nos recuerda algo esencial:

□ **No necesitas tenerlo todo claro para creer.
Necesitas confiar en Aquel que sí lo tiene todo en sus manos.**



9. Conclusión: la fe que Dios espera hoy

El centurión no era teólogo, ni discípulo, ni miembro del pueblo elegido.

Pero tenía lo esencial:

- Un corazón humilde
- Una confianza radical
- Una comprensión profunda de quién es Cristo

Y eso fue suficiente para que Jesús dijera:

▮ *“No he encontrado una fe tan grande.”*

Hoy, esa misma invitación sigue abierta.

No se trata de ser perfectos.

Se trata de poder decir, con verdad:

▮ **“Señor, no soy digno... pero confío plenamente en Ti.”**

10. Oración final

Señor Jesús,
como el centurión, reconozco que no soy digno,
pero creo que tu Palabra tiene poder para sanar mi vida.

Aumenta mi fe,
hazme humilde,
y enséñame a confiar incluso cuando no veo.

Que nunca dude de Ti,
y que mi vida sea un acto de fe constante.



“Señor, no soy digno”: la fe que sorprendió a Jesús en el centurión romano | 8

Amén.